

Identidad y misión del teólogo en nuestras Iglesias de América Latina y el Caribe

Alberto Ramírez Z.*
Facultad de Teología – UPB
albertorazu@hotmail.com

Sumario

Con ocasión de los desafíos que nos plantea la Conferencia de Aparecida y de las perspectivas que nos ofrece, el ITEPAL ha realizado un Encuentro de doctorandos en teología para preguntarse por la identidad y la misión del teólogo en la actualidad en nuestras Iglesias de América Latina y el Caribe. Esta identidad y esta misión se definen especialmente a partir de la identidad profética de nuestras Iglesias. Además del papel pastoral que les corresponde desempeñar en la actual situación de nuestro mundo latinoamericano, tienen ellas también una gran responsabilidad en la Iglesia universal, no sólo porque aproximadamente la mitad de los cristianos pertenecientes a la Iglesia Católica viven en nuestro continente, sino sobre todo por su vitalidad profética que nos invita de nuevo a reflexionar teológicamente la Conferencia de Aparecida.

Palabras Clave: Teología – Ministerio – Profecía – Eclesiología – Aparecida – Sacerdocio Ministerial – Magisterio de la Iglesia.

¹ Profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana y del ITEPAL, responsable del Programa de Estudios Bíblicos de la Universidad de Antioquia, autor de varias obras y de artículos en varias revistas y publicaciones.

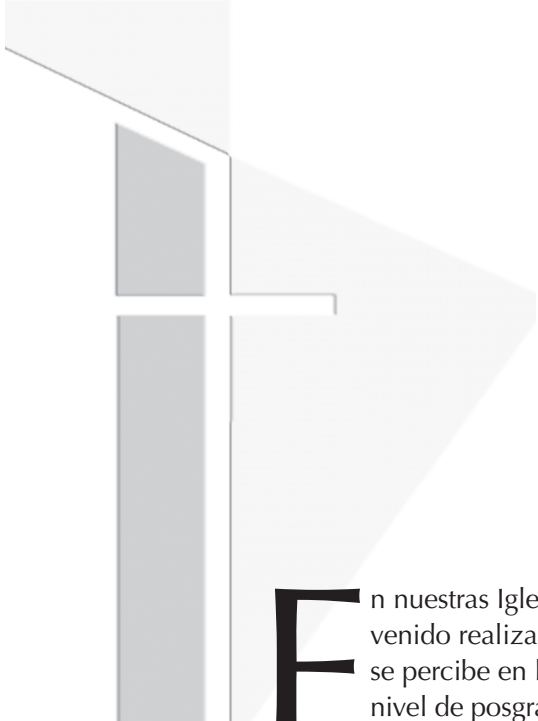


Identity and Mission of the Theologian in our Churches of Latina America and the Caribbean

Abstract

Upon the challenges that the Aparecida Conference and the different perspectives this conference offers, ITEPAL has realized a reunion of PhD's in theology in order to ask themselves for the identity and the mission of the contemporary theologian of the churches of Latin America and the Caribbean. That identity and mission can be defined upon the prophetic identity of our Churches. Besides, the pastoral role that needs to be carried out in the current situation of our Latin-American world. These Churches also have a great responsibility in their relation to the universal Church, not only because approximately half of the Christians that belong to the Catholic Church, who live in our continent, but also because of the prophetic vitality which invites us to reflect theologically on the Aparecida Conference.

Key Words: Theology, Ministry, Prophecy, Ecclesiology, Aparecida, Magistry of the Church, Ministerial Priesthood.



En nuestras Iglesias de América Latina y El Caribe se ha venido realizando una intensa actividad teológica que se percibe en la creación y el fomento de programas a nivel de posgrado en nuestras instituciones. El Instituto Teológico-Pastoral (ITEPAL) del CELAM ofrece, por ejemplo, una rica programación académica en convenio con la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y cuenta con un nutrido grupo de participantes en el programa de doctorado.

Para responder a los retos que se nos plantean desde todos los puntos de vista en el momento actual, en particular desde la celebración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Aparecida, 2007), el ITEPAL ha realizado recientemente un Encuentro de estudiantes de doctorado para reflexionar acerca de la identidad y la misión de la teología en nuestro mundo eclesial, invitación que ha encontrado una gran acogida. Se ha puesto un énfasis especial en la pregunta por el aspecto pastoral de la teología, lo que se comprende bien si se tiene en cuenta que el ITEPAL es un Instituto Teológico-Pastoral que en todo momento se ha propuesto dar razón de la sensibilidad pastoral que tiene la Iglesia de nuestros días especialmente desde la época del Concilio Vaticano II y, en sintonía con ella, nuestras Iglesias de América Latina y El Caribe.

¿Cómo responder a esta pregunta por la identidad y la misión de la teología en nuestras Iglesias y a los desafíos que ahora nos plantea la Conferencia de Aparecida? Con las presentes reflexiones se quiere mostrar cómo esta identidad y esta misión se definen en principio a partir del papel que tiene la teología en la vida de la Iglesia; mostrar



luego lo que implica para nuestra teología el surgimiento y el desarrollo de una conciencia de identidad eclesial propia de nuestras Iglesias de América Latina y El Caribe; y qué consecuencias traen consigo para la realización de nuestra labor teológica los desafíos pastorales de la Conferencia de Aparecida.

1. La razón de ser de la teología en la vida de la iglesia y la pregunta por su dimensión ministerial

La teología tiene una gran importancia en la vida de la Iglesia.¹ Ella constituye, como es bien sabido, una actividad de tipo epistemológico para cuya realización contamos actualmente con un instrumental metodológico bien definido: hacer teología es en principio realizar una tarea de búsqueda del logos de la fe vivida. Esta tarea hace posible el encuentro de la racionalidad de la fe y contribuye a la vez a que los creyentes podamos vivir la fe de una manera lúcida, consciente.

La razón de ser de esta actividad se deriva de la esencia misma del acto de fe. Es esto lo que expresó en el siglo XI San Anselmo, el primero de los escolásticos, por medio de la fórmula que aparece como subtítulo del *Proslogion*, una de sus obras principales: “Fides quaerens intellectum”. Se trata de una afirmación que tiene su origen en el pensamiento de San Agustín y en la tradición que a partir de él se puso en marcha en la Iglesia de occidente, donde finalmente, sobre todo en los mejores momentos de la edad media, se logró alcanzar una integración admirable entre la fe y la razón (“fides et ratio”), precisamente en ese orden, y se comprendió en su justa significación el influjo recíproco entre una y otra, entre la fe y la razón (“Credo ut intelligam”, “Intelligo ut credam”).

Con todo esto tiene que ver la pregunta acerca del carácter científico de la teología, una cuestión que fue respondida en la edad media

¹ El Magisterio de la Iglesia lo ha señalado en Documentos recientes muy importantes: en Documentos del Concilio Vaticano II (Decreto *Optatam totius* sobre la formación sacerdotal; Declaración *Gravissimum educationis* sobre la educación cristiana de la juventud); en Documentos de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, especialmente en lugares en los que se refieren a las Universidades Católicas y a las Facultades de Teología. Una importancia especial tiene la Instrucción de la Comisión Teológica Internacional (Congregación para la Doctrina de la Fe) del 24 de marzo de 1990 sobre la vocación eclesial del teólogo.

por medio del recurso a la noción antigua, aristotélica, de ciencia.² Naturalmente esta noción no es la misma noción de ciencia que hoy tenemos: el criterio en nuestra época para designar a una actividad cognoscitiva en el sentido de lo que denominamos como ciencia es la aplicación de un método, que no es ciertamente el mismo en todas las disciplinas. La teología, por ejemplo, tiene un método propio.

Lo dicho hasta aquí nos permite tener una primera idea acerca de la identidad y la misión del teólogo en la Iglesia. Un teólogo es un creyente que realiza una tarea que pertenece al campo del conocimiento, una tarea científica si así puede decirse, que consiste en buscar el logos de la fe y en elaborar un discurso que contribuya al crecimiento de la conciencia de la fe vivida.

1.1 El proceso integral de la búsqueda del logos de la fe

El proceso de la teología implica ante todo comprender la noción de logos en su sentido original helenístico, que no es solamente el de discurso, (el “logos hacia afuera”: *lógos prophorikós*), sino también el de la actividad interior cognoscitiva, la reflexión (el “logos hacia adentro”: (*lógos endiathétos*). Hacer teología es por lo tanto, en términos generales, realizar la tarea de reflexionar y hablar acerca de Dios y acerca de toda realidad “*sub ratione Dei*”.

Es evidente que el proceso completo de la búsqueda del logos de la fe no se cumple en la realización de cada tarea específica que realizamos al hacer teología. No se cumple por ejemplo en las tareas específicas que realizamos en el área de la teología positiva (investigación bíblica, investigación de las fuentes literarias de la fe cristiana), o en las tareas específicas que realizamos en las otras áreas de la teología (teología fundamental, teología sistemática, teología pastoral). Sin embargo, al realizar cada una de estas tareas específicas, participamos en el proceso integral de la búsqueda del logos de la fe y contribuimos al crecimiento de la conciencia de dicha fe en la comunidad de la Iglesia. En este sentido, desde todas estas actividades específicas hacemos teología.

² Cf SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th. I, Q. 1, a. 2*: “*Utrum sacra doctrina sit scientia*”. Hay referencias bibliográficas que son ya clásicas en relación con esta cuestión. Baste citar aquí los nombres del P. MARIE-DOMINIQUE CHENU, *¿Es ciencia la teología?*, Andorra, 1959 y del P. EDWARD SCHILLEBEECKX, *Revelación y Teología*, Salamanca, 1968.



Es sin embargo necesario para que cada labor específica sea una verdadera labor teológica que tengamos una actitud semejante a la que se da en el mundo de la ciencia en general para lograr que el conocimiento pueda ser integral: la actitud interdisciplinaria. No se comprende por ejemplo que se pueda realizar la investigación bíblica sin la intención de participar con ello en el proceso integral de la teología y lo mismo habría que decir en relación con todos los otros trabajos que realizamos en las otras áreas de la teología. Se puede hablar en este sentido de interdisciplinariedad teológica. También esta cuestión tiene una importancia grande para definir la identidad de la teología en general y el perfil del teólogo en la Iglesia.

1.2 La racionalidad integral de la fe y las modalidades de la teología

Este tema de la integralidad de la labor teológica no tiene que ver simplemente con la participación de todos en el proceso integral de la teología, entendida como búsqueda del logos de la fe vivida. También tiene que ver con otros aspectos:

Por una parte, con la pregunta por el tipo de racionalidad que debe caracterizar el logos de la fe. Hoy somos mucho más conscientes de la necesidad de superar una racionalidad estrecha, pobre, que ha caracterizado con frecuencia nuestro conocimiento de la realidad. En el caso de la teología, el logos de la fe del que hablamos debería ser un logos racional integral, un logos por lo tanto de la razón y de la "co-razón" (el corazón). Logos existencial o sapiencial, el único que es capaz de asegurar una auténtica inteligencia de la fe (intellectus fidei). Una hermosa afirmación del Papa Juan Pablo II, al referirse a la relación entre el cristianismo de oriente y de occidente, puede servirnos para ilustrar lo dicho. El Papa nos ha invitado a respirar "a dos pulmones".³ En el caso nuestro, el de la teología, la afirmación del Papa constituye una invitación a superar la racionalidad parcial que hemos tenido tradicionalmente sobre todo en occidente, al hacer teología. No es nada extraño que Santo Tomás de Aquino, además de preguntarse por el carácter científico de la teología, se pregunte también por el carácter sapiencial de la teología.

³ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Orientalis Lumen* del 2 de mayo de 1995 con ocasión de los cien años de la Carta Apostólica de León XIII, *Orientalium Dignitas*.

Pero por otra parte, la cuestión acerca de del carácter integral de la labor teológica tiene que ver también con la consideración de lo que podríamos llamar las distintas modalidades de hacer teología. Hay una bella metáfora que puede servirnos para describir esta cuestión: se ha dicho con razón que es posible hacer teología “sentados”, “de pies”, “de rodillas”. Lo primero, lo de hacer teología “sentados”, se refiere a la manera como tradicionalmente hemos realizado esta actividad: en bibliotecas o en lugares semejantes, con rigor académico y de acuerdo con los recursos especialmente literarios con los cuales hemos contado. Pero no ha sido ésta la única manera de hacer teología. En nuestras Iglesias de América Latina, por ejemplo, se ha demostrado la posibilidad de hacer teología en los lugares reales de la vida donde la comunidad se reúne para reflexionar su vida de fe a la luz de la Palabra de Dios. Hay también otras actividades que realizamos en la Iglesia de manera diferente y que tienen que ver con la reflexión de la fe vivida: actividades de tipo pastoral como la predicación, la catequesis, e inclusive la expresión litúrgica. A estas actividades las podemos designar como la teología que hacemos “de pies”. Finalmente, podemos hacer teología “de rodillas”: en ese caso, la teología es un ejercicio contemplativo que nos permite vivir como experiencia profunda existencial el logos de la fe y genera, al mismo tiempo, un discurso sublime, profundo, el lenguaje místico.

Naturalmente, estas tres modalidades de la teología no son contradictorias. Por el contrario, ellas se pueden, más aún, se deben conjugar y pueden servir para definir así la identidad ideal del teólogo en la Iglesia: un creyente que debe ser pensador riguroso y profesional en el campo académico, pero a la vez una persona con sensibilidad pastoral y espiritual.

1.3 El carácter eclesial del ministerio teológico

A todo lo dicho hay que añadir que la actividad teológica es una actividad necesariamente eclesial, no sólo porque tiene que ser realizada desde la Iglesia, sino porque se da en función de ella, para hacer posible que en ella crezca la conciencia de la fe. Se puede afirmar por eso que toda la comunidad de la Iglesia tiene una vocación teológica y está llamada a reflexionar su fe y a dar razón de ella de alguna manera. Es esto lo que hemos demostrado en nuestras Iglesias



de América Latina donde se ha dado una verdadera teología en las experiencias del pueblo creyente que se reúne para reflexionar su fe a la luz de la Palabra de Dios y para expresarla con un lenguaje que surge de la vida.

Sin embargo, la actividad teológica es también eclesial en un sentido profesional, ministerial, que puede ser ejercida no sólo por quienes desempeñan el ministerio sacerdotal sino también por los laicos. La eclesiología de nuestros días ha reconocido la condición eclesial de todos los cristianos y ha permitido redescubrir el principio de la ministerialidad como una característica fundamental de toda la comunidad de la Iglesia. De manera especial reconocemos este principio de la eclesiología conciliar en el lugar de la Constitución *Lumen Gentium* en el que, además del sacerdocio común y del *sensus fidelium*, se habla de los carismas que suscita el Espíritu Santo en el pueblo de Dios y que no deben ser solamente reconocidos sino también fomentados en la comunidad de la Iglesia.

Desde esta perspectiva eclesiológica se puede valorar mucho mejor la actividad teológica. Tradicionalmente la formación teológica estaba reservada para los aspirantes al sacerdocio: no era considerada como una actividad que tuviera razón de ser como actividad eclesial, sino simplemente como requisito para la formación sacerdotal y en algunos casos también monacal. A pesar de todo, siempre hubo en la Iglesia entre los sacerdotes y los monjes teólogos de profesión, dedicados principalmente al cultivo de la teología, a la vez que al ministerio sacerdotal. Actualmente la situación ha cambiado fundamentalmente: numerosos laicos, hombres y mujeres, cultivan con gran competencia la teología y dan testimonio de que esta actividad puede y debe ser asumida en la Iglesia ministerialmente.

2. La identidad y la misión del teólogo desde la conciencia eclesial de nuestras iglesias de América Latina y el Caribe

Para definir mejor la identidad y la misión específicas del teólogo en nuestras Iglesias tiene una utilidad grande la consideración de lo que es la eclesiología renovada de la Iglesia Católica, que conocemos propiamente desde la época del Concilio Vaticano II. Sobre todo el

principio de la eclesiología de la comunión y el principio de la eclesiología de la Iglesia Particular.

De acuerdo con el principio de la eclesiología de la comunión, la Iglesia acontece primero que todo en las comunidades concretas en las que es posible hacer una experiencia real de comunión. No comienza pues a realizarse la Iglesia, en cuanto comunidad, en el nivel de la Iglesia universal sino en el nivel de la Iglesia Particular. Más tarde se insistirá en una concepción todavía más concreta de la comunidad (la Parroquia, las comunidades eclesiales de base). No se trata, si se quiere, de una cuestión nueva sino de la eclesiología original, primitiva, la que se daba ya en la época del Nuevo Testamento: ya en la época apostólica, en el testimonio acerca de la misión paulina por ejemplo, cada comunidad es llamada Iglesia y en realidad en cada una de ellas acontece todo lo que es la Iglesia. el misterio profundo de la comunión.⁴ Cada comunidad concreta es la Iglesia.

La eclesiología de la Iglesia universal se fue desarrollando poco a poco con el tiempo y adquirió una gran importancia sobre todo entre nosotros. en el Catolicismo. Como resultado de este desarrollo terminamos por definir a la Iglesia desde ese nivel y no desde el de las comunidades concretas. La eclesiología conciliar no ha sacrificado, es cierto, este principio de la eclesiología universal, pero ha rescatado y afirmado en su significación original el principio de la eclesiología de la Iglesia Particular en relación con la eclesiología de la comunión.⁵ Esta renovación de la eclesiología es muy importante y nos ha servido para volver a descubrir que la comunión, que es el misterio profundo que define a la Iglesia, sólo se hace real en la Iglesia universal si acontece de manera ascendente desde las comunidades concretas: la Parroquia será por eso definida con razón como comunidad (comunión) de comunidades, la Iglesia Particular como comunión de Parroquias y la Iglesia universal como comunión de Iglesias Particulares.

⁴ Vale la pena recordar aquí la razón de ser del primer capítulo de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia: las categorías de misterio y sacramento que aquí aparecen son el lenguaje fundamental de la eclesiología de la comunión.

⁵ Cf principalmente CONCILIO VATICANO II, Decreto *Christus Dominus* sobre el ministerio pastoral de los Obispos. En el trasfondo de la breve definición de diócesis que aparece en el número 21 está la rica inspiración de la eclesiología eucarística y, en cierta forma la mejor tradición patristica en este sentido.



2.1 La identidad específica de nuestra Iglesia de América Latina y El Caribe

Desde esta manera renovada de ver la Iglesia comprendemos mejor la significación y la misión que tienen, dentro de la sinfonía de la Iglesia universal según la bella expresión de la teología oriental, las Iglesias locales, es decir, los conjuntos de Iglesias que son homogéneas no simplemente en un sentido geográfico sino también en un sentido cultural.

Nuestras Iglesias de América Latina y El Caribe han vivido, desde la constitución del CELAM (1955), un proceso de integración eclesial de mucha trascendencia, lo que tiene importantes consecuencias no sólo en un sentido eclesiológico, sino también para la comprensión de lo que deben ser la identidad y la misión de actividades como la teología.

Es de mucha importancia, por ejemplo, el hecho de que la identidad eclesial que han ido adquiriendo en estos años nuestras Iglesias se ha convertido en un testimonio de que la Iglesia universal no es necesariamente, como lo ha dicho muy bien el profesor Johann Baptist Metz, una Iglesia *culturalmente monocéntrica*, sino una Iglesia *culturalmente policéntrica*. Según él, como consecuencia de la eclesiológica renovada del Concilio se puede decir que la Iglesia universal acontece desde diversos centros culturales en los cuales la Iglesia se edifica con su identidad eclesial propia.

Las consecuencias de esta afirmación son muy importantes. Desde una concepción de la Iglesia universal entendida como una Iglesia culturalmente monocéntrica, todas las Iglesias tienen que ser la realización de un único modelo eclesial. Dentro de una concepción culturalmente policéntrica de la Iglesia universal, ella se realiza desde distintos centros eclesiales que tienen unas características y una misión específicas, lo cual es para ella, la Iglesia universal, una gran fuente de enriquecimiento. Esta concepción policéntrica de la Iglesia universal es en realidad, según el profesor Metz, la verdaderamente original, la que se dio desde el momento de nuestra historia en el cual podemos empezar a hablar de Iglesia universal.⁶

⁶ Entre las muchas publicaciones sobre el tema se puede recordar *Aufbruch zu einer kulturell polyzentrischen Kirche*, en J. B. METZ - F. X. KAUFMANN, *Zukunftsfähigkeit. Suchbewegungen im Christentum*, Friburgo en Brisgovia: Herder, 1987; J. B. METZ,



Una de las razones para poner en relación esta afirmación con la eclesiología conciliar de nuestros días la encuentra el profesor Metz precisamente en lo que ha acontecido en nuestras Iglesias de América Latina en los últimos años, desde cuando comenzó en ellas el proceso de surgimiento de una conciencia que se ha ido haciendo cada vez más explícita en relación con nuestra identidad eclesial. La Iglesia de América Latina es un centro de irradiación profética en el concierto de la Iglesia universal. Es indiscutible que la Iglesia de Roma siempre será un centro fundamental de referencia, a la que le ha sido confiada por el Señor la vocación específica de hacer posible la comunión de todas las Iglesias: en ella se ejerce por eso el encargo del Señor dirigido a Pedro de confirmar en el sentido de la comunión a todos sus hermanos. La Iglesia universal acontece desde la Iglesia de Roma, como centro, pero ese no es el único centro de la Iglesia universal. Ella acontece también desde nuestras Iglesias de América Latina y El Caribe que han demostrado ser, como se ha dicho, un centro de irradiación profética; desde las Iglesias del Extremo Oriente, un mundo que es centro de irradiación mística, como se puede comprobar por el gran papel que en ese mundo cultural tienen las grandes religiones orientales; desde el continente africano, con otras características.

2.2 La identidad y la misión de una teología realizada desde nuestras Iglesias, entendidas como centro de irradiación profética de la Iglesia universal

También ha hablado explícitamente el profesor Metz de las consecuencias que tiene para la teología una concepción culturalmente policéntrica de la Iglesia universal. Y en particular de la teología que se ha venido cultivando en los últimos tiempos en nuestras Iglesias de América Latina. Hay que reconocer que la teología a la que él se refiere es la teología de la liberación, la cual ha sido ciertamente un ejemplo muy importante de la creatividad teológica de nuestras

La fe en la historia y en la sociedad, Madrid: Cristiandad, 1979. Por muchas razones, la obra teológica de Metz, discípulo heredero de Karl Rahner, es muy importante en general dentro de la teología de la Iglesia universal y también de manera específica en relación con la teología de la Iglesia de América Latina. Es especialmente conocida su teología política y su teología en relación con el sentido del sufrimiento (la teología después de Auschwitz).



Iglesias. Pero ella es en realidad un fenómeno complejo, que ha revestido diversas modalidades y que ha suscitado una gran actividad teológica, también en el sentido de las controversias.

Es ya un hecho muy valioso el que nos hayamos atrevido en nuestros días a hacer teología y precisamente en consonancia con lo que es la identidad propia de nuestras Iglesias: tradicionalmente estábamos acostumbrados más bien a aprender teología, a repetir y divulgar la teología realizada en otros ambientes, sobre todo en el único centro eclesial: Roma, Europa.

Es muy importante para la Iglesia universal lo que ha acontecido en estos años en el aspecto teológico en nuestro mundo eclesial latinoamericano. Hemos demostrado que la teología es una tarea que puede realizar toda la Iglesia, toda la comunidad. Hemos demostrado igualmente que única teología posible no es la que se hace en las bibliotecas, que es posible hacer teología desde los lugares donde se vive la vida real, también y principalmente desde situaciones de sufrimiento y desde el mundo de los pobres en virtud de una de las características fundamentales de la fe cristiana que es una religión de la compasión, de la misericordia, del amor infinito.

El balance de lo realizado desde el punto de vista teológico en las últimas décadas en nuestras Iglesias es muy positivo, no sólo porque nuestras comunidades en muchos ambientes han comprendido la necesidad de reflexionar su fe a la luz de la Palabra de Dios, sino porque han surgido en ellas muchos teólogos y teólogas que comprenden su tarea como un verdadero ministerio eclesial. Subrayar varias características de esta labor, tal como se ha realizado en estos últimos años entre nosotros y como creemos que debe realizarse hacia el futuro, puede contribuir a definir la identidad y la misión del teólogo, por las que nos preguntamos desde la identidad específica de nuestras Iglesias de América Latina y El Caribe.

2.2.1 El carácter profesional de la teología

La labor teológica que se realiza en la Iglesia en un sentido académico es una labor profesional que debe ser comprendida desde la perspectiva eclesiológica de la ministerialidad. Desde este



punto de vista, no está reservada solamente a quienes desempeñan el sacerdocio ministerial.

En este sentido ha habido un progreso muy importante en los últimos años en la Iglesia. La formación teológica que se ofrecía tradicionalmente en nuestras instituciones (Seminarios, Facultades de Teología) estaba reservada propiamente a los aspirantes al sacerdocio ministerial y era exigida como requisito para ser admitidos a la ordenación. No se cultivaba por lo tanto la teología como una vocación ministerial sino solamente en casos excepcionales. Desde hace un cierto tiempo comprendemos mejor la importancia que tiene despertar y fomentar en la Iglesia el interés por la teología como tarea que no es contradictoria, claro está, con la del ministerio sacerdotal, pero puede ser asumida en un sentido ministerial por quienes no son sacerdotes, naturalmente también por las mujeres, lo que hay que subrayar de manera especial.

Es importante tener en cuenta este hecho porque por esta razón, ya desde el nivel básico de la formación teológica, nos esforzamos porque los estudiantes adquieran una adecuada capacitación investigativa que les permita participar en la labor teológica de la Iglesia. Ni siquiera en este nivel nos contentamos con enseñar teología y con lograr que nuestros aprendan teología: ellos deben llegar a ser teólogos, deben aprender a hacer teología. Sin embargo, lo que ya es una posibilidad en el nivel básico de la formación teológica, es, en el nivel de los posgrados, algo fundamental, en particular en el nivel del doctorado. En este nivel es evidente que las investigaciones que realizamos deben constituir aportes reales a la ciencia teológica. Para ello es necesario adquirir un adiestramiento metodológico que, entre otros aspectos, supone los siguientes:

Ante todo, la capacidad de argumentar en el sentido de lo que en la teología tradicional llamábamos los lugares teológicos. Actualmente, realizamos una tarea de fundamentación de la fe que privilegia como argumentos, jerarquizándolos debidamente, la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia. Al mismo tiempo hemos aprendido a integrar dichos argumentos por medio de una rica concepción de Tradición que los recoge todos, en cuanto proceso vivo que se ha dado a través de los siglos en la Iglesia. Las



orientaciones del Magisterio de la Iglesia en este sentido desde el Concilio nos estimulan a progresar cada vez más en lo referente a la formación bíblica y al conocimiento de las fuentes.⁷

Otro aspecto importante que debe ser tenido en cuenta en la formación teológica es el de la relación interdisciplinaria entre la teología, la filosofía y otras disciplinas del campo del conocimiento. Hoy tenemos retos importantes en este sentido, no sólo en razón de la necesidad de recurrir a una fundamentación filosófica actualizada, sino en razón de la necesidad de contar con un recurso epistemológico instrumental más amplio para hacer teología. Necesitamos comprender mejor la relación entre la filosofía y la teología de tal manera que los estudios eclesásticos no consistan simplemente en la realización de dos currículos paralelos o sucesivos. Pero es necesario también comprender mejor el papel que están llamadas a desempeñar en el ejercicio de la labor teológica otras áreas del conocimiento, en especial las de las ciencias sociales y humanas.⁸

La actividad teológica no puede ser simplemente una actividad de reflexión espontánea, ni simplemente una actividad piadosa, por así decirlo, sino una actividad académica rigurosa que obedezca a exigencias metodológicas. Éstas, por su parte, no pueden ser consideradas como fines en sí mismas sino como mediaciones epistemológicas instrumentales que son necesarias para que el logos de la fe sea un logos bien fundamentado.

2.2.2 El carácter pastoral de la teología

El aspecto pastoral tiene una importancia muy grande para definir la identidad y la misión de la teología en nuestro mundo eclesial. Se puede decir que este aspecto constituye desde el Concilio Vaticano II

⁷ Es evidente que no se puede hacer una buena teología sin una buena fundamentación en lo referente a las fuentes. En este sentido es muy útil recordar el Decreto *Optatum totius* sobre la formación sacerdotal (números 13-17) y la abundante documentación por parte del Magisterio de la Iglesia que ha fomentado permanentemente el progreso en el campo de la formación teológica.

⁸ No se trata ciertamente de reemplazar la filosofía por las ciencias sociales, al hacer teología, como ha sucedido tal vez en algunos casos. La preocupación por realizar la teología como una actividad que toca de verdad la realidad nos exige una relación mucho más amplia entre la teología y las otras áreas del conocimiento.

algo así como una sensibilidad general que ha caracterizado todos los aspectos de la vida de la Iglesia. Nuestras Iglesias de América Latina acogieron con entusiasmo esta inspiración conciliar que influyó profundamente no sólo en la determinación de nuestra identidad eclesial sino también para definir el sentido en el cual nuestras Iglesias deben realizar su misión. El Documento fundamental del Concilio en este sentido fue la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual.⁹

Se puede decir que no ha habido aspecto de la vida de la Iglesia entre nosotros que no haya sido permeado por este espíritu pastoral, también naturalmente la teología y no solamente la teología de la liberación, de la que se ha dicho con razón que es una teología que ha sido expresión especial de la dimensión profética de nuestras Iglesias, sino en general toda la actividad teológica que hemos realizado en estos años en ellas. Este aspecto pastoral de la teología es un aspecto de mucha importancia para responder, por lo menos idealmente, a la pregunta por la identidad y la misión de la teología en nuestro mundo eclesial.

2.2.3 La misión de la teología

Una estrecha relación con lo anterior tiene finalmente el tema de la misión de la teología, del teólogo, que se nos ha propuesto para la reflexión en este Encuentro. La actividad teológica es una actividad que se tiene que realizar desde la Iglesia y en función de ella, pero también y sobre todo desde ella, la Iglesia, en cuanto está llamada a realizar una misión en el mundo.

- **La misión del teólogo en la Iglesia**

Se ha dicho con razón que la teología debe estar al servicio del Magisterio de la Iglesia. Es cierto. Sin embargo, éste es solamente un aspecto de la misión de la teología en la Iglesia: dicha misión tiene

⁹ Se puede decir que en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín, 1968), nuestras Iglesias hicieron oficialmente la recepción del Concilio a partir de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* como se puede comprobar por el título mismo de la Conferencia: "La misión pasdtoral de la Iglesia en América Latina a la luz del Concilio".



que ver ante todo con la Iglesia en cuanto comunidad, en la que ella está llamada a hacer posible que se dé y se desarrolle cada vez más la conciencia de la fe vivida.

El tema de la relación entre teología y Magisterio de la Iglesia tiene una importancia especial para iluminar la cuestión acerca de la identidad y la misión de la teología en la Iglesia. Es evidente que tiene que haber una buena relación de colaboración entre ambas instancias ministeriales, que no son contradictorias sino complementarias. A cada una de ellas le corresponde de todos modos realizar una misión específica que no es intercambiable con la de la otra. Cada una de ellas está llamada además a prestar a la otra un importante servicio y ambas están llamadas a colaborar en la caridad en la realización de una misma misión. La teología, por su parte, no puede asumir en ningún momento actitudes dogmáticas, asumir una actitud que corresponde al Magisterio de la Iglesia en cuanto ministerio que, dentro del espíritu del diálogo, está al servicio de la comunión de todos los creyentes en la fe. La palabra de la teología siempre tiene que ser una palabra abierta a futuras posibilidades.¹⁰

En relación con este tema, debe ser motivo de alegría para la Iglesia de nuestros días y especialmente para nosotros, los teólogos, el hecho de que en el Papa actual, Benedicto XVI, se conjuguen tan admirablemente el ministerio magisterial y el ministerio teológico. No deja de ser providencial, una verdadera gracia del Señor, el que le haya sido concedido a un teólogo tan importante como él, el poder pronunciar su palabra teológica como Papa, sin dejar de ser consciente de su identidad como teólogo.¹¹

¹⁰ La Instrucción de la Comisión Teológica Internacional sobre la misión del teólogo en la Iglesia se ha referido explícitamente a esta cuestión y ha señalado una criteriológica de mucha utilidad para regir las relaciones entre el Magisterio de la Iglesia y la teología.

¹¹ Es algo muy significativo por ejemplo que el Papa afirme que su obra *Jesús de Nazareth*, que él ha publicado siendo Papa, no es un acto de Magisterio. Para valorar lo que significa el que en el Papa actual se han conjugado en una forma suprema los ministerios del Magisterio y de la teología se puede recordar la expresión utilizada por el cardenal Meisner, arzobispo de Colonia, para referirse al Papa como teólogo. El cardenal Meisner lo ha el "Mozart de la teología" no propiamente por su predilección por la música de Mozart sino por la sensibilidad estética que se deja percibir de manera especial en su discurso teológico.

- **El papel del teólogo en relación con la misión que corresponde realizar a la Iglesia en el mundo**

Pero la misión del teólogo no es solamente una misión “ad intra” en la Iglesia, para hacer posible que en ella se dé y se desarrolle el logos de la fe vivida. También es una tarea en relación con la misión que le corresponde realizar a la Iglesia, en el mundo.

Hay, por una parte, un aspecto que merece ser subrayado: la teología está llamada a participar con todas las ciencias y las disciplinas del saber en la búsqueda humana del conocimiento. La búsqueda total del conocimiento es un gran reto para el hombre de nuestros días que se realiza en términos de interdisciplinariedad. La teología tiene mucho que decir, mucho que aportar, para la realización profunda de esa búsqueda. Como se ha dicho, es una tarea que no se reduce a la relación tradicional con la filosofía, la cual sigue siendo de mucha importancia por muchas razones en la actividad teológica. Pero es además una tarea que debe realizarse en colaboración y diálogo interdisciplinarios con otras ciencias, en especial con las ciencias humanas y sociales.

La teología es sobre todo una tarea que debe acompañar, en cuanto reflexión, la praxis pastoral de la Iglesia, la misión pastoral que es una “diaconía histórica” que corresponde realizar a la Iglesia en el mundo, como se propone en un Documento tan importante del Concilio como lo es la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*. Una tarea pastoral que ha sido definida desde el Concilio y de manera especial en nuestros días en términos de evangelización.¹² Nuestras Iglesias de América Latina han hecho un gran aporte a esta comprensión de la misión de la Iglesia en el sentido de la evangelización ante todo por el redescubrimiento que en ellas se ha dado de la dimensión profética de la misión y luego por el enriquecimiento de esta conciencia misional en el sentido de la nueva evangelización. La misión de la teología tiene una profunda relación con esta temática.

¹² Existe hoy una rica teología de la misión de la Iglesia que tiene su punto de partida en la eclesiología del Concilio, en especial en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* y que ha encontrado una especie de punto culminante en la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Evangelii Nuntiandi*, promulgada en el año 1975 por el Papa Paulo VI como fruto de la III Asamblea General del Sínodo de Obispos de 1974.



Ella está llamada a reflexionar permanentemente estas realidades para que se haga posible, también en este campo, lo que por naturaleza le corresponde realizar a la teología en la Iglesia: que en ella se dé el logos de la fe vivida.

Hay grandes retos en este sentido en relación con los cuales tiene la teología una palabra muy importante que decir, interrogantes por los que la teología debe mantener vivo el interés en la Iglesia. ¿Cómo mantener viva en la historia humana la memoria de Dios? Es un tema al cual se ha referido con frecuencia el Papa actual, al hablar de la misión de la Iglesia. ¿Cómo anunciar el evangelio en un mundo secular? ¿Cómo fundamentar con un diálogo permanente racional, la diaconía histórica que corresponde realizar a la Iglesia en el mundo, en el presente y hacia el futuro?

3. Desafíos y perspectivas de aparecida en la reflexión teológico-pastoral

Es muy importante para nosotros, teólogos, plantearnos la pregunta por los retos que ha traído consigo el acontecimiento eclesial de Aparecida y por las perspectivas que se nos abren desde la inspiración de dicha Conferencia Episcopal hacia el futuro en la realización de nuestra actividad teológica. Se trata de desafíos y perspectivas que no pueden ser comprendidos en sí mismos, sino desde la tradición pastoral y teológica de nuestras Iglesias y en relación con los propósitos de la Iglesia universal. El Documento conclusivo de la Conferencia se refiere a este tema en varios lugares, en particular en los numerales que dedica a la educación católica (341-346) y, dentro de este contexto, a los institutos de teología y pastoral (344-345).

3.1 Aparecida en el contexto de la tradición eclesial, pastoral y teológica, de nuestras Iglesias

Ante todo, valdría la pena señalar lo que ha significado esta Conferencia Episcopal en la importante tradición de nuestras Iglesias. Aparecida no es un acontecimiento aislado en el tiempo, puntual en la historia de la Iglesia en América Latina y El Caribe. Es un acontecimiento que ha recogido como en una especie de síntesis muy rica toda esta *tradición eclesial* que tenemos en nuestras Iglesias, sobre



todo la tradición reciente. Con base en esta tradición, la Conferencia de Aparecida ha hecho una gran convocatoria nueva que todos estamos llamados a acoger.

Prácticamente encontramos en la Conferencia de Aparecida todos los temas que han sido tratados en las otras Conferencias Generales de nuestro Episcopado, en especial los que fueron tratados desde la Conferencia en la que se hizo la recepción oficial del Concilio en nuestras Iglesias, la Conferencia de Medellín (1968) Todo esto tiene que ver también con la *tradición teológica* que ha acompañado la historia reciente de nuestras Iglesias. En el trasfondo de todos los acontecimientos eclesiales, universales y locales, siempre hay alguna teología concreta, pero a la vez ellos mismos, los acontecimientos eclesiales, plantean nuevos retos a la teología.

1.1.1 La tradición pastoral de nuestras Iglesias que recoge la Conferencia de Aparecida

Se ha dicho con razón, ya lo hemos señalado, que en nuestras Iglesias se ha despertado en los últimos decenios, en particular desde el Concilio, una conciencia profética que define nuestra identidad eclesial, lo que también es muy importante para comprender la teología que está en el trasfondo de esta conciencia. Por otra parte, ella misma ha contribuido a la vez a su surgimiento y a su desarrollo.

Para realizar la tarea de recepción del Concilio, la Conferencia de Medellín asumió la inspiración conciliar a partir de la temática de la misión, como ya se ha dicho. Renovada según el espíritu del Concilio, nuestra Iglesia se comprometió a acompañar el proceso de liberación integral de nuestros pueblos, desde la opción por los pobres, para realizar una transformación profunda, no violenta, de nuestra sociedad. El tema de las comunidades eclesiales de base fue especialmente importante como desarrollo llevado hasta sus últimas consecuencias de la eclesiología conciliar de la comunión y de la Iglesia Particular. Las grandes opciones concretas de la Conferencia giran en alguna forma en torno a estos propósitos y a estas ideas centrales.

El desarrollo que se dio en relación con esta conciencia de la misión de nuestras Iglesias se concreta luego en las otras Conferencias



Generales del Episcopado: en la III Conferencia General (Puebla, 1979), en el sentido de la evangelización, a partir de la Exhortación Apostólica Post-sinodal *Evangelii Nuntiandi*, con el espíritu de la comunión y de la participación; en la IV Conferencia General (Santo Domingo, 1992), en el sentido de la nueva evangelización a la que convocó el Papa Juan Pablo II a nuestras Iglesias, con ocasión de la celebración del V Centenario del descubrimiento de América.

1.1.2 La tradición teológica que ha acompañado la historia reciente de nuestras Iglesias y en particular el tema de la teología de la liberación

No es fácil hacer un balance de lo que ha sido la teología que se ha cultivado en la historia reciente de nuestras Iglesias. Pero la pregunta por la teología que estuvo en el trasfondo de la Conferencia de Aparecida nos permite señalar algunas cosas al respecto.

Por una parte, la actividad teológica ha sido realizada entre nosotros en estos años en general en el sentido de las corrientes teológicas recientes de la Iglesia universal, en las que se han formado muchos de nuestros teólogos. Sin embargo, la actividad teológica latinoamericana más conocida y valorada ha sido la de la teología de la liberación, la que además ha suscitado una intensa actividad teológica de controversia con consecuencias importantes.

Acerca de la teología de la liberación hay que reconocer que ella ha sido una expresión original de la vida de nuestras Iglesias, que se comprende desde la identidad eclesial profética que se ha dado en ellas en esta época conciliar. Una teología que ha tenido una evidente originalidad en muchos aspectos y que ha hecho aportes importantes a la teología de la Iglesia universal. Este tema ha sido objeto de reflexión por parte de muchos teólogos, como lo muestran numerosas obras y artículos publicados en distintos medios, también en general en la red donde pueden ser fácilmente consultados con ocasión de la Conferencia de Aparecida.

Es ciertamente novedoso en la Iglesia el que se haya considerado como ámbito propio del surgimiento de una teología la vida de las comunidades, sobre todo de las comunidades eclesiales de base, y que



se haya hecho posible un proceso ascendente en la actividad teológica de la Iglesia que tiene su manifestación última en la articulación de la reflexión y del discurso en un nivel académico y al mismo tiempo ministerial. Algo nuevo, pues hemos estado acostumbrados a realizar la actividad teológica en nuestras bibliotecas, como lo hemos recordado, o desde ambientes no propiamente reales de la vida. Es novedosa también la referencia que esta teología hace a las opciones concretas de nuestras Iglesias, opciones de tipo profético: opción preferencial por los pobres, compromiso con la justicia y con la edificación de un mundo cualitativamente diferente, opción por los jóvenes, edificación de la Iglesia desde la experiencia de las comunidades eclesiales de base con toda la importancia que ellas tienen desde el punto de vista del desarrollo de la eclesiología conciliar. Frente a la impresión de muchas personas que han dicho que la teología de la liberación ha entrado en una situación de crisis definitiva desde que se cambió el mapa de la ordenación política del mundo a finales de la década de los años ochenta, se han podido afirmar varias cosas importantes.

Ante todo se ha reconocido que la teología de la liberación ha desempeñado un importante papel no sólo en nuestras Iglesias latinoamericanas y de El Caribe, ni tan sólo en las Iglesias del Tercer Mundo, sino inclusive en el nivel de la Iglesia universal. Ella ha dejado posiciones adquiridas y hasta cierto punto irreversibles, en un sentido evangélico, en especial la cuestión de la opción por los pobres, con los que la Iglesia se siente comprometida cada vez de manera más decidida por razones evangélicas, como punto de partida de su misión.

Pero también hay que decir que esta teología ha tenido que someterse a un importante proceso de purificación para superar varios riesgos que ha corrido: el riesgo de compromiso indebido con ideologías incompatibles con la fe cristiana, el de un cierto dogmatismo que llevó a muchos a pensar que lo que no fuera teología de la liberación no tenía razón de ser en la Iglesia. Todo el tiempo del pontificado del Papa Juan Pablo II y del cardenal Ratzinger a la cabeza de la Congregación para la doctrina de la fe, fue un tiempo de intensos debates, a veces muy difíciles, que condujeron a los resultados que conocemos.

La teología de la liberación y, en general todas las teologías que podemos llamar teologías latinoamericanas y de las Iglesias del Tercer



Mundo, han ido descubriendo un nuevo aire que les augura que tienen futuro en la Iglesia y en relación con la misión de la Iglesia en el mundo. Es algo que podemos comprobar en el trasfondo teológico de la Conferencia de Aparecida: más allá de los frutos buenos que ha dejado la teología que se ha dado en nuestras Iglesias en los últimos decenios, se plantean a toda teología nuevos retos y se contemplan hacia el futuro nuevas perspectivas.

3.2 *Desafíos y perspectivas de Aparecida en la reflexión teológico-pastoral de nuestras Iglesias*

Una inspiración surgida del Magisterio episcopal en nuestras Iglesias, como lo es la inspiración de Aparecida, no se asimila simplemente por la lectura atenta del Documento que se preparó, se elaboró y se promulgó en el acontecimiento eclesial que fue la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, más que un Documento, es un espíritu. Se puede decir que estamos viviendo un proceso de asimilación de su inspiración que nos permitirá poner por obra poco a poco lo que esta inspiración implica. También es importante que nos pongamos en esta labor desde el punto de vista de la teología, como en realidad lo queremos hacer por medio de Encuentros y eventos como éste.

Se pueden señalar ciertos énfasis que encontramos, para la teología, en la inspiración de Aparecida, tanto desde el punto de vista de la manera como en dicha Conferencia episcopal se realizó un compromiso de nuestras Iglesias en relación con los grandes propósitos actuales de la Iglesia universal, como desde el punto de vista de nuestros aportes eclesiales concretos.

1.1.1 *Aparecida: un gran propósito de comunión de nuestras Iglesias con la misión de la Iglesia universal (sentire cum ecclesia)*

Ante todo, Aparecida es un testimonio de apertura eclesial que nos invita a mirar el mundo con una mirada amplia, que nos permita trascender nuestras fronteras, lo que tiene consecuencias de gran importancia para nuestras Iglesias y de manera particular para nuestra teología. No significa esto que nuestra actitud eclesial, tal como

se ha manifestado en las otras Conferencias Generales de nuestro Episcopado, no hubiera sido de comunión con la Iglesia universal. Sin embargo, el hecho mismo del despertar de nuestra conciencia eclesial latinoamericana, hecho realmente novedoso en la historia de la Iglesia en general, nos llevó tal vez a asumir, sobre todo en ciertas corrientes de la teología, una cierta actitud parroquial, a encerrarnos dentro de un cierto latino-americanismo obsesionado con nuestros problemas, a encerrarnos dentro de nuestras propias fronteras.

El desconocimiento de un horizonte mayor no nos ha enriquecido y, desde el punto de vista de la teología, se ha ido manifestando en una especie de agotamiento de la reflexión que no nos ha permitido salir de un cierto círculo vicioso. Vivimos un momento en el cual, más allá de la satisfacción que tenemos por lo que hemos podido vivir y subrayar en la realización de la misión, más allá de los frutos que ya hemos podido producir y cosechar en estas décadas, en un sentido teológico, nos tenemos que preguntar por los nuevos retos y las nuevas perspectivas que se nos plantean en el presente y hacia el futuro. Aparecida abre para nuestras Iglesias, en este sentido, un amplio horizonte de propósitos, que no son otra cosa que los propósitos de la Iglesia universal. Nos invita a participar en grandes diálogos que no pensábamos que podían ser el objetivo por lo menos inmediato de nuestras Iglesias y de nuestro mundo eclesial mayoritariamente católico. Las nuevas situaciones que vivimos, motivadas también por el fenómeno irreversible de la globalización, nos invitan a comprometernos con entusiasmo en el proyecto ecuménico, no sólo en la práctica, sino también en la elaboración de la teología que debe acompañar la vida de fe de nuestras Iglesias; a participar también con interés en el diálogo inter-religioso de la humanidad; a entrar en diálogo con la modernidad, con un mundo que también entre nosotros va presentando características de secularidad sobre todo en ambientes urbanos, y en el cual debemos estar convencidos de que es posible anunciar el evangelio y mantener viva, de acuerdo con el sentir del Papa Benedicto XVI y de una expresión teológica muy conocida en nuestros días, la memoria de Dios.

Una tarea especial que Aparecida nos plantea en este sentido de la apertura a un gran horizonte, tanto desde el punto de vista de la misión que corresponde realizar a la Iglesia como en el sentido

de la teología que debe acompañarla, es el cuidado de la creación, la preocupación ecológica. Ella toca de manera especial nuestra responsabilidad por la importancia que tiene nuestro continente, por muchas razones. en relación con los recursos naturales del mundo, necesarios para que en el futuro la existencia de la humanidad pueda ser una existencia no sólo posible sino sobre todo digna. Son muy valiosos los aportes que en este sentido se van dando en la teología de nuestros días.

Todos estos retos y perspectivas deben estar presentes en nuestras mentes y en nuestros corazones, al realizar nuestra actividad de teólogos. No significa esto que los temas concretos de nuestras tesis de doctorado, por ejemplo, tengan que ser sobre estos temas, pero sí que, de acuerdo con lo dicho en algún lugar de estas reflexiones, debemos tener en alguna forma conciencia de que con nuestros trabajos podemos hacer aportes al gran proyecto general de la teología que tiene que contemplar dentro de sus objetivos estas preocupaciones.

1.1.2 *Temas específicos de Aparecida con los cuales debe sentirse comprometida toda la Iglesia de América Latina y El Caribe, también desde el punto de vista de la teología*

Toda la inspiración doctrinal y pastoral de Aparecida puede y debe ser objeto de nuestra reflexión teológica, de profundización permanente. Sin embargo, podemos decir que son las grandes opciones de la Conferencia las que deben estar siempre presentes en la realización de nuestra actividad teológica y en el ejercicio de lo que debemos considerar, supuesto el carácter pastoral de la teología, nuestro ministerio teológico. Son ellas las que han dado nombre al gran proyecto pastoral y teológico que ocupó al Episcopado Latinoamericano en la Conferencia de Aparecida, tres grandes pilares, si así podemos decir, de todo el discurso propuesto en el Documento conclusivo: el tema del discipulado el de la misión y el del gran objetivo que con el que deben sentirse comprometidas nuestras Iglesias, todos los discípulos misioneros del Señor: el tema de la vida en Jesucristo para los pueblos de nuestro continente.

Ante todo, el tema del discipulado. De la Conferencia de Aparecida se puede decir que ella ha recogido toda la riqueza de la tradición

que se ha construido en las últimas décadas en nuestras Iglesias y también que ella ha buscado fundamentar a partir de esta tradición un gran planteamiento eclesiológico con el que estamos en deuda en cierta forma todavía en la Iglesia conciliar. Se trata de realizar hasta sus últimas consecuencias la teología conciliar del Pueblo de Dios que nos encontramos en la Constitución *Lumen Gentium*: la afirmación total y radical de la condición eclesial de todos los cristianos. De esta afirmación se podemos dar cuenta si despertamos en todos los cristianos la conciencia del discipulado, lo que ciertamente traerá importantes consecuencias en la vida y en la misión de la Iglesia. La teología de nuestros días tiene mucho que decir y desarrollar en este aspecto.

En segundo lugar, el tema de la misión como tarea de toda la Iglesia, de toda la comunidad de discípulos. La eclesiología del Concilio puso los fundamentos necesarios para comprender esta tarea. La Iglesia no tiene simplemente misiones: ella es misionera por naturaleza, necesariamente misionera por voluntad del Señor. La praxis eclesial de los últimos tiempos y la teología que la ha acompañado muestran un proceso muy rico al respecto, lo que podríamos llamar la teología y la praxis de la misión: misión que es considerada en principio, en el Concilio, como un servicio pastoral desde dentro de la historia humana (diaconía histórica), misión pastoral que es comprendida en nuestras Iglesias de América Latina de una manera enriquecida, en un sentido profético, como se ha dicho: misión evangelizadora que estamos realizando en el sentido de una nueva evangelización. El sujeto de esta tarea es toda la Iglesia, la comunidad de los discípulos en la que el Espíritu del Señor suscita todo tipo de carismas y ministerios.

El gran objetivo de la misión de la Iglesia, en cuanto comunidad de discípulos misioneros, es finalmente contribuir a que nuestros pueblos tengan vida en Jesucristo, camino, verdad y vida: “para que todos en él tengan vida”. Este gran planteamiento no es solamente un objetivo para realizar al interior de la Iglesia, sino un objetivo que la Iglesia debe contribuir a de realizar en relación con toda la humanidad, con todas las personas, con todos los pueblos. La misión ad gentes debe ser entendida también en este sentido. Es el gran proyecto pastoral que el Señor nos ha confiado y que toca todos los aspectos de



la vida, de la sociedad, del mundo. Es la expresión de la gran utopía salvífica que en términos bíblicos expresamos por medio de la metáfora del Reino de Dios y que nos permite mirar sacramentalmente más allá de nuestras fronteras eclesiales y comprender por qué ser cristianos, ser seguidores del Señor Jesús, es una opción existencial y eclesial que nos permite compartir el destino, las necesidades y las aspiraciones de toda la humanidad en un sentido salvífico. La labor teológica que podemos realizar en la Iglesia de América Latina, en un sentido no simplemente repetitivo sino creativo, por ejemplo en nuestras tesis de doctorado, es una estupenda posibilidad que tenemos para lograr todo esto.